

GRAN HISTORIA

de los hechos y estragos del más grande Caracol que se ha visto en el mundo

Por J. F. Q.

Quien quiera ser español
de honradez, honor y gloria
que venga a escuchar la historia
de un enorme caracol.
Esto no es cuento señores
si bien despacio se mira
pues no hay nada de mentira,
si palabras son amores.
Lo que yo les voy a contar
hay testigos «si no han muerto»
y les digo que muy cierto,
lo podrán justificar.
Yo advierto también primero
que jamás supe mentir,
y nunca podré sufrir
que me digan embustero.
Viva la formalidad,
abajo el vil mentiroso;
lo más noble y más honroso
es decir siempre verdad.
Y aquí con lengua española
os lo voy a relatar
señores, voy a empezar,
allá va, rueda la bola.
En la ciudad de Farsante
provincia de Miententodos
nació entre barro y lodos
un caracol arrogante,

Dicen que un sastre lo vió,
un gitano, un asistente,
jamás de toda esta gente
ninguno de ellos mintió.
Pues señor, un caracol,
«y verdad lo dicho sea»
que en la guerra de Crimea
salió de Sebastopol.
Y mares atravesando;
y muchos llanos corriendo,
y varios montes subiendo,
y después valles bajando.
Con ocho días o siete
fué tanto lo que corrió,
que el tuno se presentó
frente de Portugalete.
Descargaban bacalao
cuando hizo su gran parada
y se quedó interceptada
la gran ría de Bilbao.
Del charco, se puso en medio,
entre la ría y la mar,
y los barcos por pasar
no hallaban ningún remedio.
Toda la gente creía
«y la creencia era extraña»
que era aquello una montaña
por arte de brujería.
Que fuese un monte movible
ninguno de ellos creyeron
lo que si muy pronto vieron
que era un caracol terrible.
Veinte y tres metros de largo,
solo los cuernos tenían
según cálculo que hacían
unos y no lo recargo:
De su cáscara diré,
«cuidado que causa horror»
que era tres veces mayor
que no el arca de Noé.
La gente se alborotó
sin saber lo que hacía
toda la marinería
al punto se reunió.
Todos iban calculando
para poder paso abrir,
y sin más que discurrir
iban los días pasando.
Allí las embarciocanes
paradas más de dos meses,
hasta tomar los ingleses
buenas determinaciones
Diez vapores prepararon
cargados de municiones.
junto con treinta cañones
que en un momento cargaron.
Todos juntos en hilera
en frente del caracol,
y un almirante español
gritaba de esta manera:
Solo la voz española
aquí debe gobernar
pues habeis de disparar
al tiro de mi pistola.
Preparen ya los cañones
para dispararlos luego;
Todos a una, alma, fuego...
todas las embarcaciones.
Que estruendo tan furibundo
en medio de aquella ría;
allí la gente creía
que daba fin este mundo.
El caracol embistió
sin andarse con primores,
y los barcos y vapores,
en el agua sumergió.
Y quedó tan resentido
de aquel obsequio tan raro,
que no hizo ningún reparo
hasta estar todo perdido.
Pues hizo tan cruda guerra
a todo lo que encontró,
que con los cuernos barrió
a los que estaban a tierra.
Limpió la tierra y la mar
de una gente tan molesta,
y acabada ya la fiesta
se marchó a otro lugar.
Su marcha de caracol
según me dijo un pabana,
cuando le daba la gana
hacía el curso del sol.
Nada, lo dicho es verdad
y no hay que contradecir;
y ahora voy a referir
otra monstruosidad.
Cruzando la tierra y mar
sin obstáculo ninguno,

aquel caracol tan tuno
a Nápoles fué a parar.
De la mar en la ribera
estuvo parado un día,
y por verle allí acudía
toda Nápoles entera.
Allí cuatro mil cantantes
armaron tal zaragata
dándole una serenata
con sus voces tan vibrantes.
Que el caracol satisfecho
hácia los montes subía
y el guapo se dirigía
hácia el Vesubio muy derecho.
Andaba muy despacito
perdiendo ya aquel afán:
pues encima del volcán...
allí se paró el maldito.
La gente, allí en confusión
con gran tropel acudía,
por ver que resultaría
al salir una erupción.
El caracol quieto estaba
con una calma pasmosa;
en fin, como si tal cosa
por que no se meneaba.
El volcán se resfrió
y estando frío, presumo
que no despedía humo
pues apagado quedó.
Pero al cabo de un buen rato
se calentó y dió un bramido
como especie de alarido
moviendo un gran desacato.
Pues la gente sin tardar
ya toda despavorida,
para salvarse la vida
tuvieron que echarse al mar.
Y con esto resultó
«me dijo un pariente mío»
que el volcán se quedó frio
y el caracol se marchó.
Su marcha fué tan extraña,
que andando de mala gana
en menos de una semana
ya se encontraba en España.
La dirección que tomó
fué por el río Segura
por la desembocadura
y en Murcia se presentó.
Horror de la humanidad
fué aquel terrible animal,
de forma tan colosal
y horrible ferocidad.
Aquellas huertas hermosas
de cosechas muy seguras
de frutas y de verduras
y de muchas varias cosas.
Sabeis pues el resultado:
que el caracol en un día
todo lo que allí había
ya se lo había tragado.
Mirad si es cosa muy seria,
tan pronto y tan de repente
dejar toda aquella gente
en la más triste miseria.
Unos se despatriaron
más de la mitad se fueron;
y de hambre se murieron
todos los que allí quedaron.
¡Cuan triste el campo quedó...!
Después ya de haber comido
y de cansancio rendido
el caracol se durmió.
Enseguida encima de él
acuden perros y gatos,
lagartos, culebras, patos,
y todos en gran tropel.
Lobos, zorros, sanguijuelas,
y micos y que se yo;
cuidado que esto lo vió
uno que arrancaba muelas.
Encima de él se subieron,
y empezaron su bravura
a roer su concha dura
y despertarle pudieron.
El caracol enfadado,
corre a la mar como un tren,
y allí en un santiamén
todo el mundo quedó ahogado.
Desprendido de su carga,
por la costa fué siguiendo
como quien dice corriendo
pues hizo carrera larga.
Con enfado o con paciencia
su carrera adelantó
y pronto se presentó
en el reino de Valencia.

Y por el Grao corriendo
muy tranquilo y muy formal,
se llegó a la capital
aquel caracol tremendo.
La gente se amotinó,
y más de dos mil chufleros
y setenta buñoleros
con los cuernos destrozó.
Enseguida el general
del cantón de aquella plaza
hombre de muy buena traza,
lo tomó por lo formal.
Mandó presto y diligente
formar la caballería,
infantes y artillería,
y toda la demás gente.
Y formados en batalla
sin tener ya más sosiego
empezó un horrible fuego
de bombas y de metralla.
Tiráronle cacahuetes
petardos y alguna bala,
hasta luces de bengala
y diez mil siete cohetes.
Pero el caracol sereno;
ni menos se meneaba,
lo que solo le asustaba
era el oir algún trueno.
Y allí dijo un catedrático,
que él un medio sabía
y al caracol mataría
con un globo aerostático.
Subir dos hombres en él,
y teniendo prevenido
mucho plomo derritido,
saldrían del gran tropel.
Al momento se arregló
y fué la cosa más sencilla;
todos dentro una barquilla
debajo el globo y subió.
Antes de ponerse el Sol
sin mirar cuando ni como,
tiraron derritido el plomo
encima del caracol.
Cuando se sintió quemado,
ya no tuvo más paciencia,
pues se largó de Valencia
rabioso y desesperado.
Y en Valencia dijo un bobo
cantando unas seguidillas:
«que en las cajas de cerillas
ponen: Fábrica del globo.»
Atravesó Barcelona
el caracol ambulante
siguiendo siempre adelante,
y fué a parar a Cardona.
Frente donde está la sal
allí fué su paradero,
y no supo el majadero
que habría allí su final.
De debajo de una col,
un niño rubio salió
y un grano de sal cojió
y lo tiró al caracol.
Al punto soltó la baba
dando un terrible chillido
dentro su concha escondido
porque aquello le mataba.
Viendo tan buen resultado,
la gente con ánsia loca
llenaron de sal su boca
y así quedó rebentado.
Todo él, agua se volvió,
y en menos de medio día
quedó la concha vacía
y allí un inglés la compró.
A Londres se la llevaron
por su horrenda dimensión
y una gran exposición
dentro la concha formaron.
La fé no quiero perderla
porque todo puede ser,
quien no lo quiera creer
que vaya a Londres a verla.

Se paró la bola

REUS.—Véndese en la librería «La Fleca» de Vda. Juan Grau Gené, calle Aleus, 1. En la misma casa se halla un gran surtido de romances, sainetes, libritos, historias, comedias, aleluyas de redolines, hojas de santos y soldados. Depósito de libritos para fumar y cajas de cerillas. Papel para escribir, sobres para cartas, plumas, palillos, etc., etc. Todo a precios muy baratos.